

## TERCERA PARTE

---

### I

En las fiestas mundanas, hay una hora, á veces menos que una hora : algunos minutos, un instante, en que su carácter se transforma. Los que podríamos llamar aves de paso, venidos como de visita, para cumplir con un deber social ó para ser vistos, ya se han ido; han quedado solamente los que quieren gozar de la fiesta ó los que persiguen otro objeto, disimulado por la diversión oficial del lugar. La diversión oficial, apenas cuenta para la mayor parte de los asistentes. En realidad, casi siempre, esas fiestas son bastante medianas y aburridas. Música, baile, representaciones de aficionados; actores verdaderos, músicos ó bailarines de oficio pedidos al teatro, y que, en aquella decoración mundana, están menos á sus anchas y producen menos ilusión que sobre sus habi-

tuales tablas. ¿Cuántos son los que escuchan, cuántos los que miran con atención, entre los espectadores distraídos que en voz baja hablan entre ellos de otra cosa, al mismo tiempo que aplauden ostensiblemente, para halagar á los dueños de la casa? Un interés muy distante de aquel costoso é insulso espectáculo, retiene á la mayor parte: un espectáculo que se representa entre ellos, espectadores, y que les apasiona, ya que se limiten á observar la intriga de esa comedia particular, ya que tomen parte en ella. Intriga en el sentido molieresco y crudo de la palabra, intriga en el sentido ligero, voluptuoso, de la comedia italiana, intriga de política mundana licenciosamente elegante: Ha llegado el momento de esa especial comedia. Algunos sedientos de éxito inmediato, de rápida fortuna han esperado la ocasión propicia para sentarse al lado del que supone poder prestarles el apoyo deseado; algunas « socias » incansables han acechado á la influyente mujer de mundo, al político poderoso, al financiero de quien depende el porvenir de su marido, y se apoderan de él, colmándolo de sonrisas y de halagos. Pero el drama más habitual es siempre el drama del deseo humano. Bajo el calor cada vez más acentuado de las salas, la humanidad mundana tiende á ponerse á sus anchas. Celos se despiertan y se manifiestan al desnudo; hay ojos que acechan, otros que amenazan; breves réplicas salen como tiros de labios apenas entreabiertos, entre los « ¡ precioso ! » y los « ¡ bravo ! ». Escenas de consentimiento, de reproche ó de rompimiento se esbozan ó se terminan... Hé aquí

el solsticio de la fiesta, el instante en que la verdadera naturaleza de los seres se afirma, cansada por dos largas horas de fingimiento. Tan claros como la luz, casi aparentes, desnudos como los bustos de las mujeres, ha llegado el momento de observar la pasión de la ganancia, la venenosa envidia, el frenético deseo de aparentar, el deseo disfrazado de amor.

La fiesta de los Hountacque, fiesta que inauguraba, hacia fines de noviembre, su reciente instalación en el hotel de la avenida del Bosque de Boloña, alcanzaba ese tórrido solsticio de las fiestas mundanas. El cuadro era suntuoso. En el gran mercado de arte y de lujo que es París, el gusto, servido por el dinero, ¿no es como la varita del hechicero? Cinco meses habían bastado para transformar una morada cualquiera de archimillonarios norteamericanos en una morada de estilo francés perfectamente puro, adornada con ricos tapices de Beauvais, sobriamente ornada de telas raras, amueblada sin exageración de piezas de primer orden. Á los innumerables parisienses aficionados á tales solemnidades, los dueños del hotel, como una pareja de nuevos soberanos, ofrecían, para festejar su advenimiento el « barnizaje » de su palacio. Había en éste cuanto era preciso para divertír á los convidados hasta la una de la madrugada: no más tarde; porque el París moderno, que se levanta temprano, se acuesta pronto, y ya no existe el tiempo en que las albas de invierno, invadiendo las salas de baile, alumbraban las piruetas cansadas, las caras ajadas de los bailadores,

La alta sociedad parlamentaria, financiera, y de negocios, había respondido ampliamente al llamamiento. Las hileras de coches y de automóviles refluían hasta la plaza de la Estrella, hasta la avenida Malakoff, hasta la avenida de la Grande-Armée. En cuanto á la alta sociedad, « le monde » simplemente, tan netamente definida en París á pesar de la aparente fusión de los grupos sociales, — el mundo, más importante, si no más influyente á medida que todas las organizaciones sociales se destartalan á su alrededor — no estaba sino escasamente representado, y sobre todo por hombres. La célebre belleza de Tesera atraía á muchos de ellos, entre los que la opinión conservadora unía, en el Parlamento, á Pablo Dautremont. Algunas verdaderas mundanas, las más atrevidas, especie de exploradoras de las nuevas regiones de la fortuna y del placer, habían acompañado á sus maridos. Naturalmente, formaban un grupo, en la vanguardia de las que escuchaban la *Hadita*, poema y música de Ludovico Archeres. El golpe de vista de un parisiense entendido las hubiera distinguido en seguida, en un no sé qué de menos provocativo en sus trajes, de más comedido en sus modales, de más « propio »; en ese conjunto de facciones, de trajes, de modales que, salvo algunas salientes excepciones, indica una realidad considerable: la herencia en una situación superior.

Sobre el escenario improvisado, lujosamente improvisado en el fondo del inmenso salón principal, una

brillante decoración representaba un rincón de parque Luis XV, parque á lo Verlaine, con verduras azuladas enlazando arquitecturas de enrejados. En aquella decoración, bajo las luces eléctricas dispuestas como en un teatro verdadero, bailarinas de la Ópera acababan una danza de pastores y pastoras. En el proscenio, el barón Moulier, de Silvandro, Susana de Cidalisa, figuraban los personajes principales: Susana, con su gracia natural, y justo lo bastante intimidada para que resaltara más lo picaresco de su baile; Moulier tan perfecto bailarín, que parecía que aquella era su verdadera vocación, y que la naturaleza lo había hecho más á propósito para ejecutar las variadas y difíciles figuras del baile clásico que para administrar las diferentes sociedades financieras en las que ambicionaba cobrar serios emolumentos.

Tanto Silvandro como Cidalisa fueron muy aplaudidos.

Sin que su noviazgo fuera aún oficial, se sabía que era probable; que las insistencias del barón eran cada vez más solícitas, y que Susana, aún prolongando demasiado la incertidumbre de éste, no le hacía dicho que no. La gente los observaba; las bromas, no muy ingeniosas por cierto, que son las mismas, salvo las expresiones, en los colegios, en los estudios de artistas, y en la buena sociedad, no eran escatimadas. Y, bajo la atención risueña de los ojos que seguían sus movimientos acompasados, había, por adelante, algo de la curiosidad que acribilla á los nuevos esposos. Esto, la música, la luz, aquella decoración evocadora

de un siglo en que el amor ligero, el amor elegante, sin flecha envenenada en su aljaba, reinó en el mundo, todo incitaba al goce refinado y al olvido á aquella asistencia compuesta sobre todo de gente de placer, de ociosos ricos y de laboriosos gozadores, en quienes la afición á la fiesta continua, la ironía disolvente, ó simplemente la ausencia de cultura moral han abolido la vida interior... Entre los que en aquella sala sonreían, aplaudían, susurraban ó soñaban, ¿cuántos tenían una filosofía superior á la de un epicurismo delicado en la forma, casi siniestro en el fondo? De todos modos, aquello componía un conjunto de civilización extrema, de lujo inteligente, de gracia suntuosa como únicamente puede ofrecerlos una fiesta como aquella en una ciudad como París. Lo que semejante conjunto revelaba de excesivo, y, por consiguiente, de anormal, de amenazador para el porvenir, eso nadie lo notaba, así como nadie se daba cuenta de que el aire de aquella vasta sala resultara irrespirable para quien viniera de fuera.

¡Solsticio tórrido y voluptuoso! Los convencionalismos sociales, rigurosamente observados durante el día, atenuaban ahora su rigor. Silla á silla, parejas se habían formado; el frac negro se inclinaba sobre el hombro desnudo. Archères, indiferente ó aparentando indiferencia por su propia música, se llevaba á un hueco de ventana á la bonita señora de Hemery, y, con cara impasible, pero clavando en ella los ojos como para hipnotizarla, se divertía en jugar con aquella alma pueril y, no obstante, honrada, en asombrarla,

en desorganizarla poco á poco. Un grupo se había formado en torno de la vieja señora de Villoy, una de las potencias mundanas de París. Viuda de un parlamentario célebre, célebre ella misma por su espíritu mordaz y su carácter verdialegre, soltaba de cuando en cuando algún chiste, y estaba en uno de sus mejores días, á juzgar por las sonrisas de los que la escuchaban. Más lejos, bajo el *Niño sonrosado* de Gainsborough, lienzo sin precio adquirido por Pedro en Londres días antes, Max Pergyl, hermoso joven de suma elegancia, que había renovado la crónica de los salones parisienses introduciendo en ellos, á más del ingenio y del sentido artista, la impertinencia y la ironía, acogía las atenciones un poco inquietas de algunas señoras. En el marco de una puerta abierta, Pontmagne, impasible, aguantaba el asalto de un gran industrial azucarero, comprometido en un formidable proceso contra el Estado. Una tal señora Furtier-Légrand, mujer de un magistrado, morena agradable que se esforzaba en parecerse á Josefina de Beauharnais, con las piernas cruzadas bajo su vestido directo, un codo sobre una rodilla y su fina barbilla sobre la mano sabiamente doblada, escuchaba las palabras que el director del Crédito colonial, Hemery, le murmuraba de muy cerca.

Mientras, Pedro, de pie en el fondo de la sala, tranquilo é inmóvil, seguía el espectáculo cual espectador, contento del éxito de la fiesta. Ninguna mujer había cerca de él, y, si sus miradas se apartaban de la escena, pasaban distraídamente sobre las caras y

sobre los bustos de las invitadas, buscando á una sola mujer : á su mujer... Durante un momento, había ella desaparecido, ocupada en dar una orden para el comedor, adonde todos iban á precipitarse luego : mientras duró aquella ausencia, el semblante del dueño de la casa se había nublado, no recobrando su habitual serenidad hasta que volvió la mujer. La miró, tomó de nuevo posesión de ella, á distancia. Estaban bailando el último baile. Una bailarina disfrazada de libélula, con dos diamantes montados en antenas por encima de su peinado, giraba, cual trompo animado, y luego se inmovilizaba, flor de muselina con doble tallo de carne, en tanto que los dos protagonistas, Susana y Moulier, sobre el mismo asiento de verdura, recibían el homenaje de sus expresiones de cara, de sus brazos tendidos á modo de ofrenda, de sus sonrisas mecánicas... Pero Pedro, sólo miraba á Teresa. No se había ésta sentado; apoyada contra la cortina escarlata de una ventana, se erguía, verdaderamente regia con un vestido de crespón azul lentejuelado de azul nocturno, de una sencillez costosa. Tan pronto como apareció de nuevo en el salón, hombres la habían rodeado : hizo Pedro esta observación que parecían de una raza humana inferior á ella, cortados para servirla. Sólo uno tenía algunas líneas más de estatura que ella; pero, aun á éste, lo dominaba Teresa con aquella altivez serena, no afectada, sonriente, que llevaba sobre su frente como una misteriosa corona. Se repitió Pedro á sí mismo los apellidos de aquellos fervientes que rodea-

ban á su mujer; eran cuatro, y todos ellos hombres de la verdadera alta sociedad, atraídos por la belleza soberana de aquella hija de grandes burgueses : el conde de Mareil, diputado de la oposición; el príncipe de Argy, casado desde hacía dos años con una exótica contrahecha y multimillonaria; Guido de Bonnefous, capitán de dragones que volvía de África, célebre desde muy joven por haberse defendido, durante treinta horas, con algunos soldados, contra dos mil marroquíes; y, en fin, el marqués de Tençay, más alto que Teresa, hermoso ejemplar de gran señor francés, senador de un departamento del Oeste, miembro del Institut por haber publicado varias obras de economía rural, y sobre, todo, por pertenecer á una familia en que tal honorífica distinción era casi hereditaria. Ninguno de los cuatro disimulaba su actitud de cortesano, que la competencia de los otros tres hacía, salvo para el marqués, un tanto nerviosa y trepidante. Pedro los miraba sin celos :

« ¿ No he sido yo semejante á ellos? Sólo que, ellos, no la conocen; no sospechan lo imposible que es su alma de ser tomada. Era para uno solo, y yo he tenido la increíble suerte de ser ese uno... »

Cuando pensaba tal cosa, bruscamente experimentaba esa extraña sensación de vacío interior que, durante un instante, hace dudar de la propia personalidad y de la realidad de las cosas.

« ¿ Es cierto? ¿ Es verdad que soy yo el elegido?... »

Y, de repente, la realidad de su dicha le envolvía,

le colmaba. ¡ Ah, también él había nacido para una sola mujer, para aquella! Hasta el día en que la conoció, no había sentido la emoción ni siquiera la tentación de amar. Había tratado á la mujer, cualquiera que fuese, con una indiferencia de luchador atareado, con un desdén de oriental. « Nunca imaginara yo, » pensaba Pedro mirando á Teresa, sonriente y serena, oponer á sus cuatro cortesanos su tranquilidad de mujer honrada, « nunca imaginara yo que un ser femenino pudiera tener influencia en mí, convertirse en el elemento principal de mi pensamiento y de mi voluntad, dominarme, modificarme. » Se extrañaba de esta influencia; pero al comprobarla, su corazón se enardecía de ternura... Ternura ardiente, que, — como un fuego subterráneo cambia poco á poco la configuración de un continente, — lenta y seguramente, y sin que él mismo midiera toda la importancia del cambio, lo transformaba, acercaba su naturaleza indomable, desenfrenada, formidable, de la mesurada, escrupulosa y recta naturaleza de Teresa.

Dejando á Teresa, su mirada se paseó con satisfacción sobre el marco de lujo y de belleza que él le había preparado, sobre la asamblea reunida para festejar el establecimiento de ambos. Como todos los hombres que han creado su propia fortuna, dedicaba á los objetos mismos que le rodeaban, todos ellos reunidos por su voluntad, por su esfuerzo, una especie de amistad confusa, como á prolongaciones de sí mismo, á símbolos, á pruebas de su poder. Seme-

jantes goces son ignorados de aquellos que, desde su cuna, lo han recibido todo de la vida. Ignoran también la satisfacción de un Pedro Hountacque contemplando á sus huéspedes de una noche, cuyo valor social evaluaba él con una seguridad de conocedor de hombres, sabiéndolos de segunda categoría en el mundo parisiense, pero que aun así representaban una notable conquista para un niño perdido, en otro tiempo profesor de esgrima, obrero, tenedor de libros, secretario de contratista de obras. « Día vendrá en que reciba yo aquí á quien se me antoje, pensaba... Soy de familia lo suficientemente distinguida para que mi origen no arredre á nadie, y hay tela en Teresa para una reina de París... » ¡ Vanidad un tanto pueril en aquel hombre fuerte, aquel deseo de recibir en su casa á la sociedad más afinada y más exigente! Pero el « advenedizo », aun en el sentido heroico de la palabra, jamás se libra de ella... Corresponde á este sentimiento justo : demostrarse á sí mismo que ha conquistado solo, en el transcurso de una sola vida, la igualdad con aquellos cuyo apellido es obra de siglos, y que, según dicho de un ilustre advenedizo, « es uno mismo un antepasado ».

La música de escena cesó de enlazar sus arabescos con los movimientos de las bailarinas; Susana y el barón Moulrier se adelantaron y dijeron las amables estrofas del « beso », las cuales, algunas semanas antes, habían sido oídas bajo los olmos de Roquefón. De nuevo se despertó la atención, pues los versos

gustaban. Silvandro y Cidalisa los alternaban con cautivadora gracia; su presentido noviazgo daba á las rimas un sabor celebrado por el auditorio. En aquel momento, Pedro, que, desde el fondo de la sala continuaba, como un buen general, la revista de sus contingentes, detuvo sus miradas sobre la pareja señora de Furtier-Legrand y Hemery. La señora de Furtier-Legrand dejaba su silla, y, con actitudes largamente estudiadas delante de su espejo, aplaudía. Hemery se levantó á su vez, paseó su mirada en torno suyo... Un instante, sus ojos se encontraron con los del dueño de la casa; un instante muy breve, pues en seguida se volvió Hemery hacia la escena...

¿Por qué este incidente formó en seguida una mancha negra en el pensamiento luminoso y victorioso de Pedro?

Como casi todos los que sobresalen en el manejo de los hombres, era sumamente sensible á esas señales sinceras, tan fugaces, que el secreto pensamiento ajeno deja por momentos asomar en la cara ó en los ademanes de los más disimulados. Las reconocía con la certeza casi infalible que nos hace distinguir la letra de uno ó de otro.

« Hemery ha cesado de mirarme tan pronto como nuestros ojos se han encontrado. Entre él y yo hay algo; y, ahora, mientras se vuelve, sonriente, hacia Susana y el barón, mientras les aplaude, está pensando en mí... ¿Qué me quiere? Nunca le he tenido por amigo mío. No perdona al antiguo empleado de Camboulives el haber llegado á ser un poderoso, de

quien él necesita... Justo, he acertado; el brillo de nuestra fiesta es lo que le hiere. Piensa en su habitación en un cuarto piso de la avenida del Alma, en sus estucos y en sus falsos Luis XVI... Tal es la causa de su torcida mirada. » Provisionalmente, Pedro aceptó esta explicación: su robusta naturaleza efectuaba espontáneamente, ante toda amenaza, una reacción de optimismo práctico. No obstante, la mancha negra del incidente persistía en él, en el fondo de ese paisaje interno que cada uno de nosotros lleva en sí. Trataba de no verla, como se aconseja á los enfermos de la retina que eliminen, por la voluntad, las manchas movedizas que revolotean en su campo visual. Persistía la mancha cuando fué á felicitar á los actores, á felicitar á Archeres; cuando él mismo recibía la banal salva de los cumplimientos; cuando ofreció su brazo á la marquesa de Tençay para conducirla al comedor.

El remolino de los espectadores, ya libres de sus movimientos, da entonces á la más mundana asamblea el aspecto desordenado de una muchedumbre. Mientras la masa se dirigía al comedor, deliciosamente tapizado de alegres pinturas de Huet, — pájaros en la enramada, — la parte masculina de la sociedad se dividía.

Unos, aquellos á quienes lazos más resistentes unían al alto mundo ó que eran vigilados por celosos ojos de mundanas, quedaban al lado de éstas, y hasta aprovechaban aquel remolino para cortejarlas de más cerca, — en tanto que otros, libres ó menos acecha-

dos, se apresuraban á acudir al sitio reservado para la cena de las bailarinas.

El remolino acarreaba también grupos de críticos voluntarios. Pedro, al conducir á la marquesa al comedor, oyó á un invitado, que no le creía tan cercano, decir á Max Pergyl :

— Leeré mañana con sumo gusto su « Paris-que-Pasa », querido maestró, y cuento con saetas bien afiladas... ¡Qué versos de ciego callejero!... ¡Y qué música!... ¡Y ese decorado de embajada!...

— No tal, no tal, replicó Pergyl, quien, más perspicaz, acababa de ver al dueño de la casa. La fiesta toda me ha parecido muy amable; y la casa lleva el sello de la divina Teresa.

Esta familiaridad de palabra : la « divina Teresa », le fué más desagradable á Pedro que la impertinencia del invitado. Le apareció en toda su realidad la vanidad de la ostentación mundana. « ¡Vivir solitos, ella y yo, como en Noruega, el verano pasado!... » Pero ya la ola de sus huéspedes le arrastraba, y de nuevo le embriagaba la alegría de haber creado un palacio, y de arrastrar á él á París, de ser una especie de rey.

Silvandro y Cidalisa no habían seguido á la gente. Bastidores les habían sido organizados á ambos en el saloncito que Teresa había hecho instalar al lado de su cuarto; allí se habían vestido antes del espectáculo, ante dos tocadores distintos separados por un elevado biombo. Susana, cuyo frío temperamento iba unido á

una imaginación de excitadora de hombres, había inventado aquello como un divertido episodio de su flirt de noviazgo. Perteneía, en efecto, á esa especie, bastante rara en Francia, frecuente en otras naciones, de las coquetas frías, *civette a freddo*, como dicen los italianos. Poco sensible por sí, le divertía inquietar á su novio, detrás del débil tabique de tela pintada, por el roce de las sedas, por el ruido especial de las prendas íntimas al ponérselas, por las frases dichas adrede á la doncella : « Mis medias, Justina... » ó : « Justina, está demasiado bajo el escote... Póngame en seguida una rosa para tapar. »

Ahora que ya había terminado el espectáculo, los dos jóvenes se hallaban de nuevo en la misma pieza, llena aún del desorden en que quedó cuando se vistieron para representar. Allí quedaron solos algunos instantes : el ayuda de cámara del barón y la doncella de Susana, que habían seguido el espectáculo por el hueco de una puerta entreabierta, no se habían retirado con suficiente presteza; y ahora, la ola de gente les cerraba el paso. Susana y Moulrier se sonrieron, se cogieron las manos, excitados ambos por aquella atmósfera de teatrería á la que tan poco resisten los mundanos.

— ¡Hola, querido Silvandro! dijo Susana. Me parece que no ha estado demasiado mal, nuestra funcioncita...

— Ha sido usted muy mirada y muy aplaudida, replicó Moulrier.

En el fondo, pensaba .

« Ha bailado medianamente, pero ha hecho más efecto que yo. »

Algo se rebelaba su vanidad de actor, irritado que estaba además por el goce físico causado á otros hombres por la belleza de Susana. Y estos dos sentimientos, al combinarse, formaban un conjunto á la vez confuso y vivo; que combatía su harto perfecta educación, su desmedido afán de la medida. Susana, con esa maravillosa perspicacia de las mujeres para cuanto, en los demás, las interesa, percibió aquel estado singular. Le divirtió, y, contenta de aquella intimidad sin testigos, no se apresuró á llamar á la doncella.

— Me parece usted un tanto nervioso, querido Silvandro, repuso ella acercándose á él hasta poner bajo sus ojos su rostro y su busto.

De muy cerca, el barón miró el exagerado encarnado de las mejillas, las pestañas pegadas por el afeite, el escote que dejaba ver el pecho, blanco de polvos. Todo aquel artificio de teatro, tan entristecedor cuando trata de ocultar vicios naturales á los ultrajes del tiempo; realizaba, aquí, la triunfante frescura de la tez, la primaveral mirada, los senos palpitantes de vida joven bajo el inútil afeite. Feliz y azorado, Moulier balbució :

— ¡Qué bonita es usted!.. ¡Lo es usted demasiado, esta noche!

Susana, coqueta, se sustraía, divertida de verle por fin trastornado, menos correcto que de costumbre: aquello era una victoria, que agradeció ella tanto al

vencido como á sí misma. Aunque generalmente dueña de sí misma, no dejaba de estar impresionada también por el arrebató de la escena, por la emoción de los aplausos, por toda aquella admiración mezclada de deseo que sintió ella subir momentos antes cuando desplegaba sus brazos armoniosos, lanzaba la punta de sus pies, hacía mover en cadencia sus piernas enguantadas de seda que la corta falda descubría hasta el nacimiento de la pantorrilla.

— Ha bailado usted mucho mejor que yo, dijo Susana seriamente, ha tenido usted mucho éxito. En cuanto al que yo he obtenido, á usted se lo debo, puesto que es usted quien ha dirigido mis ensayos.

Y esbozó alegremente un compás del baile, tarareando el aire adecuado. Realmente estaba agradecida al barón de la parte que á él le correspondía en el éxito de la función; su frívolo pensamiento le colocaba hoy más alto que nunca. Para los temperamentos tranquilos, ciertos minutos de excitación son, en materia sentimental, más lúcidos que la calma. Susana comprendió en aquel momento que nadie le convendría mejor que aquel guapo mozo de educación tan cumplida, de corazón tan honrado, y cuya moderación de espíritu era tan notable; que llevaba la casaca antigua con tanta elegancia como el frac y el chaquet modernos; á quien gustaban á la vez el placer, el mundo, la respetabilidad y el dinero; que era, no sólo un bailaror genial, sino un cumplido profesor de baile. « Sí, nadie me gustará nunca más que él, » pensó la joven; y un poco de melancolía veló sus ojos risueños, inútil-

mente agrandados por el kohl, al pensar que algo decisivo iba sin duda á ocurrir en su vida, aquí, entre la puerta y el biombo. Moulier, tan enamorado como su temperamento equilibrado y sus excelentes modales lo permitían, percibió aquella ola favorable en la mirada de la joven á quien cortejaba. Minuto fatídico para ambos, en que el laborioso andamiaje de las conveniencias, de los intereses, de las ambiciones á que, cada uno por su lado, habían sacrificado tanto ya, se derrumbó, se hundió, minuto en que ya no fueron sino dos seres jóvenes, y que se gustaban, enfrente uno de otro.

— ¡Susana!... dijo el barón.

No pudo decir más; tomó la manecita empastada de blanco y estrechó los dedos. Susana palideció bajo su colorete y volvió la cabeza.

— Susana... se lo suplico, no siga usted jugando á ese juego de enervarme. Susana, diga usted que es un hecho... Que somos novios formales, prometidos...

Tan travieso habitualmente, el semblante de Susana se había vuelto grave, y aquella gravedad inesperada le daba cierto aire de tristeza. Sin articular una sola palabra, hizo, con la frente, una señal afirmativa. Entonces quiso él abrazarla. Pero, sinceramente pudorosa, se desasíó. Amedrentada de veras, hubiérase dicho que de repente comprendía el sentido del amor, y de un beso. Y, como trataba él de alcanzarla, le mantuvo á distancia, con el brazo bonitamente tendido, mientras, con la otra mano, apoyaba en el timbre eléctrico. Al mismo tiempo, le sonrió, con

sonrisa que él no le conocía, más femenina, más tierna; cuanta ternura podía ella ofrecer se hallaba en aquella sonrisa. Murmuró:

— ¡Por favor!...

Y, cual si continuara en su papel de Cidalisa, le envió un beso, diciéndole:

— ¡Retírese detrás de su biombo! Viene gente.

En efecto, acudían Clemente y Justina, quienes habían conseguido abrirse paso por entre los invitados. El barón obedeció. Volvió á su tocador, y, mientras estaba solo aún, se miró en el espejo. Se halló seductor, digno de la felicidad alcanzada. Olvidó por un momento á Clemente que estaba en espera de órdenes de su amo, con un tarro de vaselina y una fina toalla en la mano.

Del otro lado del biombo, oyó chapotear las manecitas de Susana.

« ¡Qué adorable ser!... » pensó.

Y, en voz alta:

— ¡Vamos, Clemente, límpieme la cara!

Tales fueron los esponsales de Silvandro y de Cidalisa.

Ya comenzaba á haber menos gente en el comedor; los que ya habían satisfecho su apetito regresaban á los salones. Visitaban el hotel. Toda la planta baja, más una vasta galería en el primer piso y el estudio de Teresa quedaban á la disposición de los convidados. Semejante ostentación de lujo excitaba, naturalmente, la hiel de los envidiosos. Teresa y Pedro, embargados por esos retazos de conversación que el dueño y la dueña de una casa tienen que aguantar de sus huéspedes, simpáticos ó no, recibieron, al pasar, algunas gotas corrosivas. La señora de Furtier-Legrand, sin ver á Teresa que le volvía la espalda, decía al capitán de Bonnefous, al mismo tiempo que vigilaba el pliegue de su cola directorio :

— He aquí, capitán, una instalación de príncipe. Usted no ha traído otro tanto de África; pero, créame : más vale su hermosa reputación.

Y también oyó Teresa, no sin tristeza, á aquel

hombre, á quien ella estimaba, contestar : — Dice usted bien, señora : no cambiaría.

Desde aquel momento, no pudo menos de prestar atento oído. Otras palabras, atrapadas al vuelo, que acaso significaban cosa muy distinta, las interpretó ella como alusiones directas ó encubiertas, pero siempre malévolas, á la riqueza, al lujo del matrimonio.

— En todo caso, nada hay que decir respecto á la fortuna de la mujer, declaraba Max Pergyl...

Ó, también, este trozo de réplica entre el marqués de Tençay y el señor de Lespaul :

— Si se examinara atentamente el origen de esas enormes fortunas...

Claro es que todo aquello se apagaba en cuanto veían á Teresa. Las personas que sabían que se hallaba cerca hacían asalto de comentarios amables. Hasta discernía ella una verdadera simpatía por su propia persona : la belleza femenina, en grado en que Teresa la poseía, ejerce el universal fascinamiento de un hermoso día de verano. Sentía, pues, que no era á ella á quien iban dirigidas aquellas mordaces apreciaciones, sino más bien, sino solamente á Pedro, su marido. Á él era á quien no perdonaban su insolente dicha. Después del éxito más envidiado : la rápida fortuna, haber ganado aún otra partida, conquistado de golpe á una de las más envidiables herederas de París ; haber penetrado, por aquel casamiento en un medio universalmente respetado, que ponía alrededor de su suerte como una muralla de honor, eso ya era

demasiado. Los hombres sobre todo envidiaban esta última quina, que en la lotería del amor había tocado á aquel buen mozo robusto, de aire tranquilo, algo adormilado. Y aquella envidia, aquel sordo rencor de los hombres, Teresa los percibía.

Su angustia, preparada por los retazos de conversación oídos al pasar, fué aún sobreexcitada por dos ligeros incidentes. Primero, el notar que su padre, Paul Dautremont, hablaba con animación, aunque en voz baja, con Hemery, quedando, adrede, apartados de todos, cerca del escenario. Conocía Teresa el modo de ser de su padre: cierta tensión hacia adelante de la mandíbula inferior, acompañada de un gesto rápido de los dedos de la mano derecha colgante, significaban en él nervosidad, impaciencia, inquietud. Otro choque ligero: De repente pensó Teresa: «¿Porqué no ha venido Majencio?» En medio del bullicio de la recepción, no se había fijado en su ausencia. Sin embargo, le he invitado, como se lo prometí en Roquesón. «Desde que la señora Chretién y Majencio habían salido de Roquesón, sólo una vez había visto Teresa á la madre del joven; en cuanto á Majencio, había, según dijo su madre, tenido que ir á Bélgica para la reparación de una pieza de orfebrería antigua, de tal mérito, que no querían exponerla á los azares de un viaje... Todo esto era plausible. Desde hacía algún tiempo, Majencio no escribía á Teresa; y la señora Chretién, muy prudente, ya nada tenía que hacer en casa de los Hountacque. «Pero, ¿por qué no habrá venido Majencio esta

noche? Había yo añadido una afectuosa postdata en la tarjeta de invitación...» Entristecida, buscó á su marido con la mirada. Vió que estaba en el comedor: su perspicacia de enamorada adivinó que tenía él preocupaciones análogas á las de ella... No se equivocaba. Pedro, desde que la mirada de Hemery le puso en alerta y que el final del espectáculo había permitido más expansión en los convidados, sentía pesar sobre él la misma atmósfera de baja envidia, de denigración... «¡Bah, pensó, sacudiendo sus robustos hombros, nada pueden contra mí... Antes de un año, los más rebeldes estarán conmigo ó amordazados!...» En aquel momento se llegó á él Teresa. Hubo entre ellos un ligero apretón de manos; necesitaban tocarse, comunicarse calor mutuamente.

— ¿Todo va bien, verdad? dijo Teresa sonriendo con esfuerzo.

— Á maravilla... pero ansío el estar solo contigo.

— También yo. ¡Qué felices éramos en Noruega, lejos de todo!

— Sí, muy felices, murmuró Pedro. Convendría estar á menudo solitos los dos. Mira, tu padre viene hacia nosotros...

El señor Dautremont se dirigía hacia la pareja, sin tratar de contener su prisa. No miró á su yerno y dijo á media voz á Teresa:

— ¿Puedes dedicarme algunos minutos? Tengo que hablarte.

— ¡Pues ya lo creo, papá!

— Señor Hountacque, ¿puede su protección de

usted obtenerme una copa de champaña? decía al mismo tiempo, con zalamerías de gata, la señora de Furtier-Legrand, ofreciendo á Pedro una sonrisa estudiada y falsa.

Y mientras Pedro se apresuraba, pudo ver, no obstante, al señor Dautremont llevarse á Teresa hacia un ángulo vacío del salón principal, é instalarla en un hueco de ventana, detrás del resguardo de algunas sillas de alquiler. Pedro, una vez entregada la copa llena á la señora de Furtier-Legrand, hubiera deseado reunirse con ellos, oír lo que su suegro decía á su mujer. Pero, en aquel minuto, Susana y el barón Moulier, que continuaban con sus disfraces, contentándose con recobrar su cara natural, merced á una buena friega de vaselina, efectuaban su entrada en el comedor. Con ellos, rodeándoles, persiguiéndoles con un murmullo de aplausos discretos, regresaban invitados esparcidos en los salones y en la galería. Tuvo Pedro que estrechar la mano del barón y besar á su linda cuñada. Se entendía muy bien con ella. Le divertía por su frivolidad consciente, metódica; y, él, gustaba á la joven por su belleza física, cualidad que estimaba ella en mucho, y, también porque encontraba ella (eran sus propias expresiones) que Pedro tenía « su » chic « particular ». Al rozarle Pedro la mejilla con sus labios, la joven le deslizó al oído:

— Ya está... Enrique y yo somos novios de verdad.

— ¿De veras? ¡cuánto me alegro!

En efecto, la noticia agradaba á Pedro. Á un hombre de su temple, debía de parecerle un tanto ridículo

Moulier; pero la familia del barón, y el barón mismo, gozaban de una honorabilidad inatacable. Además, por aquel casamiento, los Dautremont entroncaban con un mundo más reservado, más difícilmente accesible, más « fina flor » hubiera dicho Susana. En momento en que la situación de Pedro se afirmaba bruscamente, y, por eso mismo, se exponía á una más acerba discusión, semejante alianza era un acontecimiento propicio para consolidar su propio matrimonio. La alegría que le causó la noticia compensó momentáneamente la ligera ansiedad resentida, hacia un momento, cuando su suegro se llevó á Teresa. Una vez más, la reacción de optimismo volvió á poner en equilibrio á aquella naturaleza de conquistador. « ¿Por qué inquietarme? ¿Acaso le va á extrañar el oír críticas envenenadas, á quien ha realizado una fortuna como la mía, y á quien se ha llevado una mujer como Teresa?... ¡Vaya, vaya! muchas ocasiones he de darles todavía para que vacíen su vejiguilla de hiel... » Estos humos de ambición, que de vez en cuando le subían á la cabeza, sintió con júbilo que los husmeaba, que de nuevo le embriagaban, ya serenado; estrechó la mano de Pontmagne, y recibió las felicitaciones de aquel leal amigo.

« No, pensó... No hay que soñar únicamente con pasar la vida los dos solitos, aislados, estériles. La batalla tiene su lado bueno; poco á poco, Teresa la amará y me ayudará en la pelea. Abdicar, querer en absoluto la paz por cualquier medio que sea, eso es estar ya casi muerto... »

Ya no veía, separado de ellos por un golpe de gente, ni al señor Dautremont ni á Teresa. Ofreció su brazo á su cuñada, quien, por fin, lograba sustraerse á toda clase de plácemes, y la llevó á que se reconfortara con una taza de caldo y algunos fiambres: Susana tenía un robusto apetito de sportswoman y desdeñaba las chucherías. La reacción de optimismo era completa. Archeres, que en un rincón conversaba con Pergyl, notó la vibración de aquel paso, aquella cara de hombre victorioso, confiado en el porvenir.

— Mire usted á Hountacque, dijo al cronista: ¡qué exacta impresión da del luchador cabalmente estético, del elegante vencedor del destino! Rebosa satisfacción, está magnífico.

Pergyl, cuyo golpe de vista profesional no perdía nada de lo que ocurría en torno suyo, murmuró:

— Si en este momento observara á su mujer, estaría menos triunfante.

— ¿Dónde está, pues la divina Teresa?

— Allá en la ventana, con su padre.

La vista de Archeres siguió la dirección que Pergyl indicaba. Dautremont y su hija no se hablaban ya, ó, al menos, no cambiaban sino muy raras palabras; pero, á pesar de su gran costumbre de fingimiento mundano, no conseguían disimular la profunda alteración de sus semblantes.

— En efecto, están cariacontecidos, murmuró Archeres. ¿Qué les ocurrirá?

— Eso, no lo sé, dijo Pergyl. El suegro y el yerno no se tienen gran cariño... el casamiento de capricho

en que se ha obstinado Teresa no ha colmado de orgullo al viejo Dautremont... Así es que, debe de haber ciertos choques en los que Teresa tiene que hacer de Sabina entre su padre y su esposo. Esta noche, verdaderamente, la cosa va mal.

Los dos amigos, ya silenciosos, siguieron observando. Ahora, Teresa era la que hablaba con animación; el señor Dautremont escuchaba con aire hostil.

— ¡Qué interesantes son, murmuró Pergyl, esos dramitas de familia que se representan en plena fiesta, como ese!... Un espectáculo suplementario, que no reza en el programa, después del espectáculo oficial que le debemos á usted, Archeres. Precioso, su *Hadita*... Pero no depende de usted el que ese trozo de realidad, representado en el hueco formado por esos cortinones de púrpura, aventaje á la *Hadita* en interés dramático... ¡Mire usted! Ambos están ausentes; no piensan sino en el asunto de su conversación... y á cada instante los molestan... Tienen que estrechar manos, escuchar y decir banalidades, sonreír... ¡Ah, qué punzante escenita! Sólo que, somos los únicos en gozar de ella; es más, sin mí, no la hubiera usted notado.

Decía bien, Max Pergyl: la escena que terminaba entre padre é hija, sólo por él había sido notada, por él, extraño vigilante nocturno de los salones elegantes. Pero entrañaba más íntima angustia de lo que el irónico cronista, acostumbrado á juzgarlo todo con la tranquila indiferencia de un parisiense mundano, era

capaz de prever. Tenía como agravante el marco de alegría y de fiesta que la rodeaba. ¡Qué suplicio, aquella muchedumbre alocada y ruidosa, formando cerco á una de esas crisis de familia, en las que desean la soledad los interesados, en que teme uno ser acechado, delatarse á sí propio por un movimiento, una entonación!

Entre el padre y la hija ocurría lo siguiente :

En cuanto hubo el señor Dautremont llevado á Teresa al hueco de la ventana, y, con movimiento instintivo, cerrado por medio de una silla el circo vació en que se refugiaban, había dicho :

— Escucha... y no parezcas enterarte de algo grave, pues la cosa es grave, y pueden observarnos.

— ¿Qué ocurre? preguntó Teresa, palideciendo.

— Hemery, cuya actitud preocupada me había llamado la atención durante toda la velada, ha aprovechado, al terminar el espectáculo, el bullicio general para tomarme aparte... muy molesto... muy indeciso. Me ha dicho que, dadas nuestras antiguas y excelentes relaciones, creía deber poner en mi conocimiento el serio disgusto, quizá el verdadero peligro, que nos amenaza.

— ¿Á quiénes, fijamente?

— Á ti, á mí, á todos nosotros, de rechazo, y, directamente, á tu marido... ¡tu marido! ¡Ah! no podrás quejarte si...

— Nada de reconvenciones, papá, interrumpió Teresa, á quien las palabras « tu marido » pusieron

de repente en guardia. « ¡Pedro querido! » pensó la enamorada.

Y, en voz alta :

— ¿Más calumnias contra Pedro? ¿todavía hacen impresión en ti?

— Desgraciadamente, no son calumnias, repuso el señor Dautremont. Esta vez se trata de una acusación positiva.

— ¿De qué?

— De falsificaciones.

— ¡Nada menos! dijo, riéndose, Teresa ya tranquilizada.

— ¡No te rías! repuso el padre con impaciencia. Te digo que se trata de algo sumamente grave. En dos palabras, he aquí el hecho : ese abominable jacobinillo de Majencio Chretién... ¡Ah! encantado de que se hayan ustedes divertido, — interrumpió el señor Dautremont estrechando las manos del príncipe y de la princesa de Argy, quienes, al haber visto al padre y á la hija, venían á despedirse con cumplimientos hiperbólicos. — ¡Hasta la vista, querido príncipe!...

¡Princesa!... Ese abominable jacobinillo de Majencio, prosiguió, que siempre me fué sospechoso y por quien has tenido un flaco, parece ser que ha descubierto, con ayuda de un tal Couderc (supone Hemery), que Pedro, durante las obras del puerto de Bizerta, falsificó cheques para proporcionarse dinero. Quería tomar la sucesión del contratista Camboulives, á la sazón moribundo, de quien era el secretario : necesitaba fondos. Comprende : Pedro firmaba los che-